

ni persuadirles cosas tan extraordinarias, si no hubieran hecho milagros en su presencia; que si no los hubieran hecho, no se hubieran convertido tantos, y menos aseguraran haberlos visto, cuando esta confesion los llevaba al suplicio. Y que, pues no se puede negar que lo decian, porque los mártires cristianos no lo eran sino por esta causa, debeis inferir que la resurreccion de Jesus, los milagros de los apóstoles y de sus sucesores estan demostrados con una evidencia superior á la de todos los hechos históricos.

No os fastidiaré repitiendo lo demas que os he dicho; pero os pido que lo renoveis en vuestra memoria, que lo mediteis, que lo compareis; y no tengo duda que, quanto mas lo examineis por todos lados, quedaréis convencido de que Dios se ha dignado de rodear á su religion de cuanta luz era menester para mostrarnos que salió de su divino seno; que la cadena de milagros, monumentos y testigos con que la ha ceñido, no permite que se nos esconda su sabia y poderosa mano; que hizo todo lo que era necesario para convencer á los hombres, y no dejar escusa á los que por satisfacer sus pasiones cierran los ojos para no ver la luz.

Así es, señor: todo nos manifiesta que este Dios de inmensa misericordia, debiendo satisfacer á su justicia por el pecado del primer hombre, nos dió la mayor prueba de su amor, dándonos su Hijo único, el solo objeto digno de satisfacerla, para que á costa de su sangre nos restituyese los derechos perdidos; que le anunció, le prometió, le preparó los caminos,

le

le llenó de su virtud omnipotente, para que hiciera milagros, y comunicara el mismo poder á sus discipulos; que este hijo único, su verbo, por quien se hizo todo, el Criador de cielo y tierra, por obediencia á su padre, y por amor á los hombres vino á la tierra; que las profecias se cumplieron; que los milagros se ejecutaron; y que, á pesar de tanta luz, de tantos esfuerzos divinos, y de tantos sacrificios del Hombre Dios, hay hombres que por una torpe indiferencia no se dignan de saber estas verdades, y hombres que por la ceguedad de sus pasiones se obstinan á no creerlas; pero, ¡ay! que no por eso dejan de ser ciertas. Un dia las verán, y quizá demasiado tarde.

¡Infelices! no solo desdeñan los beneficios de Dios, no solo desprecian la sangre de su Redentor y sus inmensas esperanzas, pero ni siquiera le conocen. No, señor, los incrédulos no le conocen, ó, lo que es peor, tienen la idea mas falsa y pervertida. ¡Ah! si le conocieran, ¿cómo fuera posible que no le amarán? ¡qué desgracia! ¡qué pérdida! Jesucristo es sin duda el Dios de la magestad inaccesible, que no puede ser escudriñado por los débiles mortales; pero por su infinita bondad cubrió su luz con el velo de la naturaleza humana, y se proporcionó por este medio á la flaqueza de los hombres. El verbo se hizo carne, nació de nosotros, y vivió con nosotros: pero, ¡qué vida! ¡qué modelo! ¡qué virtudes! Si por su encarnacion pareció con el exterior de hombre, toda su conducta manifestó que era Dios.

Jamas en el universo ha parecido un hombre tan

Tom. II.

14

dulce, tan virtuoso, tan benéfico y tan amable. En todas sus acciones y discursos no se propuso otro objeto que hacernos bien, instruirnos, consolarnos, y darnos ideas ó esperanzas las mas capaces de satisfacer á nuestro deseo insaciable de grandeza y de felicidad. Nada le afligia sino nuestros errores, nada le desagradaba sino nuestros vicios, nada le daba placer sino nuestras virtudes, y nada le consolaba tanto como recoger la oveja que se le perdía. Nunca se le vió verdaderamente contristado, sino cuando preveía nuestra obstinacion y las desgracias que nos debía acarrear.

Haced reflexion sobre lo que hizo cuando, yendo con sus discípulos á Jerusalem, predijo las calamidades próximas de aquella rebelde y endurecida nacion; ved la ternura y sensibilidad con que las profetiza, los suspiros dolientes que exhala, el torrente de lágrimas que vierte. ¿Que corazon se afligió nunca tanto con los males ajenos? ¿qué hombre sensible y generoso no se enternecerá, viendo una espresion tan dolorida de un amor tan desinteresado y tierno? No, no es posible estudiar ni percibir el caracter de su espíritu, y la dulzura de su corazon, sin reconocer que fué el mejor de los hombres, y que jamas el cielo en su misericordia les ha dado un bienhechor tan digno de su mano.

El evangelio dice (1) « que Jesucristo pasaba por » todas partes haciendo bien, y curando á todo el

(1) *Actor.*, x, 38.

» mundo ». Ve aquí en pocas y simples palabras el mayor elogio que es posible hacer de la beneficencia y del amor. Aquí quisiera interpelar á todas las almas generosas y sensibles, á los corazones francos y nobles, que no pueden oír sin enternecerse la relacion de un hecho distinguido por la espresion de una virtud sublime, á los que se conmueven con la admiracion de un beneficio heróico, á los que desestiman las índoles frias ó de caracter lánguido, que nada puede sacar de su indiferencia é insensibilidad, á los que conservan con una especie de culto reverente la imágen de los príncipes magnánimos, que han amado á los hombres, y se han sacrificado por ellos; en fin yo interpelo á todos los que aman la virtud y estiman el honor: que me digan si en la lista de los buenos reyes ó de los grandes hombres que han sobresalido por grandes virtudes y sacrificios heróicos hay alguno que se pueda comparar á Jesucristo; que nombren aquel á quien este elogio tan simple, pero al mismo tiempo tan sublime, de que vivió haciendo siempre bien, se pueda aplicar con tanta universalidad y exactitud como á Jesucristo.

Es imposible, señor, que yo os esponga ahora todo lo que este hombre Dios hizo en el curso de su mision sagrada. No cabe ni el tiempo ni en mi lengua decir los esfuerzos del incomparable amor y zelo que mostró al universo; pero os exhorto á que hagais vuestra continua y casi única ocupacion de la vida de este héroe celestial. Estudiadle en todos sus pasos, acciones y discursos; examínadle en todos los ins-

tantes de su existencia sobre la tierra ; procurad formaros una idea de su dulce y benéfico corazón y carácter, y veréis que es el único entre los que han vivido con nosotros cuyas acciones y conducta correspondan con totalidad á la idea que tenemos de un buen corazón, de un verdadero amigo de los hombres; porque es el único en quien estas amables virtudes se hallaron sin ninguna mezcla de los defectos que alteran y oscurecen las de los otros, y porque las suyas jamas se desmintieron.

Jamas veréis en Jesucristo mas que un temor, y es que los hombres no reconozcan bastantemente que en los afanes de su laborioso ministerio no tiene mas objeto que su felicidad, y que esta sola es el deseo mas ardiente de su amor. De tal manera queria que con ningun motivo se pudiese esconder la ternura y el afecto paternal de su corazón, que cuando una muger trasportada con la admiracion de sus virtudes esclama en medio de un tropel (1): *Dichoso el vientre que te ha llevado*, se apresura á apartar esta idea, que terminaba en su alabanza, y la responde en público: *Los dichosos son los que escuchan la palabra de Dios, y guardan sus preceptos.*

Toda su ocupacion era curar á los enfermos, consolar á los afligidos, instruir á los ignorantes, excitar á la práctica de las virtudes, estender las manos, acariciar y socorrer á cuantos le seguian, que por la mayor parte eran los mas pobres, los mas groseros

(1) *Luc*, xi, 27.

y los mas oscuros habitantes de la Judea. Derramaba sobre ellos la vista con agrado; en los infelices la fijaba compasivo, y á cada paso se le oia decir: Estos son mis parientes, mis hermanos, mis amigos, los objetos mas preciosos de mi corazón; reprende á los apóstoles porque quieren alejar de su persona los niños que se mezclaban con la muchedumbre, y que se le deseaban acercar: Dejad, les dice, acercar á esos niños; los bendice, los abraza, y los estrecha con todo su corazón (1).

Sus milagros mismos, aunque necesarios para probar su divinidad, eran al mismo tiempo efusiones de su beneficencia y de su amor. Parece segun el zelo y ardor con que se dedicaba al socorro de los infelices, que mas se ocupaba con el deseo de hacerles bien, que con la idea de manifestar su poder soberano. En efecto entre todos los milagros que hizo para vencer al mundo de que era el Mesías esperado, no hubo ninguno que no consolase algun corazón afligido, que no enjugase algunas lágrimas dolientes, que no socorriese alguna necesidad, que no aliviase algun miserable, y que no diese la vida y la alegría donde solo dominaban el dolor y la muerte.

Pero en nada se le veia tanto ardor, tanto interes y tan viva solicitud, como cuando el pastor divino encontraba alguna de sus ovejas perdidas que empezaba á sentir los estímulos del remordimiento, y queria volver á su rebaño. Acordaos de la pecadora

(1) *Matth.*, xix, 13 y 14.

pública, que ya arrepentida va sin miramiento á la casa en que come, que echándose á sus pies los lava con su llanto y con el unto precioso con que los perfuma. Considerad como, á pesar de la infamia de que la cubren sus notorios excesos, no solo no la desdena, sino que la deja hacer complacido cuanto el dolor de la penitencia la sugiere. Ved como la defiende del que en su corazon la desprecia y la censura; ved como la sostiene contra los discipulos que la acusan de pródiga, y ved en fin como, á pesar de la dureza de los otros, la consuela, y acaba por asegurarla que ya está perdonada (1).

¡Qué parábola la del hijo pródigo! ¡qué padre tan clemente y compasivo! Apenas el mas ingrato y pervertido de los hijos siente el primer impulso de un arrepentimiento que le arrancan sus tristes experiencias; apenas se resuelve á volver á la casa de su padre, cuando este viéndole desde lejos no le espera para recibirle, sino que se adelanta, le sale al encuentro, no le da lugar para que le pida perdon; no le da tiempo para que le explique su pesar, sino que desde luego le echa los brazos, manda que se prepare una fiesta, y satisface á su hermano zeloso, que se quejaba de la preferencia, diciéndole que á él siempre le tenia, pero que era menester celebrar el recobro de un hijo perdido; como si le causara mas placer este recobro que la conservacion de lo que no peligró (2).

(1) *Luc*, VII, 37.(2) *Luc*, XV, 11.

¿Y quién puede dudar de esta preferencia, y que era tal el sentimiento íntimo de su corazon? ¿qué otra cosa puede significar esta alegría que causa en el cielo la conversion de un pecador? alegría que supera á la que se produce en la perseverancia de noventa y nueve justos. Considerad, señor, la fuerza de esta espresion (1): *Mas alegría hay en el cielo de que un pecador se convierta, que no de que noventa y nueve justos perseveren*. Pesad la energía y el sentido de esta palabra divina, y decidme si es posible inventar un estilo en que pueda explicarse mejor el gozo y la alegría de un Dios de misericordia, y de los bienaventurados que viven de su espíritu, cuando una alma descaminada recobra su razon, y vuelve á entrar en el camino de la verdad. Decidme si era posible que el divino pastor declarase con language mas fuerte y espresivo su encendido deseo de que sus ovejas escuchen los silbos de su amorosa voz, y el gozo que recibe cuando las ve volver á su rebaño.

Este fue el caracter de Jesucristo. Y aunque todo es perfecto en su conducta, parece que sobresalieron dos virtudes, el amor de Dios en el zelo de su gloria, y el amor de los hombres en el deseo de su felicidad. Estos dos objetos ocupaban toda su atencion. Así no pensaba sino en enseñar lo que se debe á Dios, y en exhortar á la práctica de la virtud. Pero en estos ejercicios divinos, aunque era el dueño y el árbitro

(1) *Luc*, XV, 7.

del mundo, jamas se le vió usar de su poder supremo para ningun castigo; jamas se le vió intimidar con la amenaza, ni obligar con la violencia; jamas vengó una injuria, ni jamas usó de su poder omnipotente, sino para curar, consolar y perdonar; siempre se le oyó exhortar con la persuasion, con la dulzura y el amor.

En efecto los siglos no han mostrado jamas ni caracter tan inalterablemente dulce, ni corazon tan amante, ni índole tan buena. Pero, ¿cómo lo podian mostrar? La naturaleza no es capaz de nada tan perfecto; era menester un Dios para enseñar al hombre; y si solo el Verbo podia satisfacer por sus delitos, el Verbo solo podia ser su maestro, su guia y su modelo. Vedle en todas las situaciones de su vida, y siempre le hallaréis dulce, compasivo y tierno.

Vedle cuando, en sus viages, pasando por Samaria, solo, sin haber comido, y fatigado del calor y cansancio, se siente junto á Siquen cerca de un pozo (1). ¡Con qué afabilidad habla á una muger comun y pecadora! ¡como la convida con el agua celestial de su gracia! ¡cómo la declara positivamente que él es el Mesías! ¡cómo la instruye en el modo de adorar á Dios en espíritu y verdad! ¡cómo, cuando los discípulos llegan y le compadecen de no haber comido todavía, les responde que su alimento es servir á su padre, y ganarle corazones! ¡cómo, cuando los hombres de la ciudad vienen conducidos por aquella

(1) Joan., IV, 5.

muger, también les habla con el mismo agrado! ¡cómo, aunque su designio fuese continuar su camino, rogado por aquellos Samaritanos, se detiene! ¡cómo entra con ellos á la ciudad, y pasa con ellos el tiempo necesario hasta que los instruye y convierte! ¡Qué afabilidad! ¡qué zelo! ¡qué condescendencia!

Vedle con la Cananea. En una de sus escursiones se le presenta una muger estrangera y gentil, que implora su socorro. Se resiste, porque parece que no estaba en el orden de su providencia empezar sino por las ovejas perdidas de Israel; pero la infeliz con humildad y con fe redobla sus instancias, repite sus ruegos con aquella importunidad que le agrada tanto, y su buen corazon, sin poder resistir mas, se rinde, la concede lo que pide, y la despacha consolada.

Vedle con la adúltera (1). Esta era sin duda delincuente; y con todo cuando sus jueces van á condenarla, sus entrañas de misericordia se enternecen; usa de su poder divino para avergonzar á los jueces de sus propios delitos, y estos huyen corridos; queda á solas con la infeliz acusada: no la mofa, solo la pregunta si ha sido condenada; y respondiéndole que no, la replica que tampoco él la condena; pero la exhorta á que no peque mas.

Seria nunca acabar, y fuera menester desenvolver toda su historia para poder referir todos los casos en que siempre mostró, sin desmentirle jamas, este continuo y nunca alterado caracter de indulgente cle-

(1) Joan., VIII, 3.

mencia. Baste decir en general que jamas se le presentó enfermo que no curase, necesitado que no socorriese, afligido á quien no diese consuelo, ni arrepentido que no perdonase.

Pero, ¿cómo no habia de perdonar á los que le imploraban, cuando perdonaba á los que le perseguian? Pedro le pregunta si se debe perdonar siete veces, y él le responde, que setenta veces siete, dándole á entender con esta espresion indefinida y general, que se debe perdonar siempre á los enemigos sin intermision ni fin. ¿Y quién ha dado mayores ejemplos de perdonar que él mismo?

Al fin de su vida, y cuando ya se consumaba su grande sacrificio, sus enemigos desahogaron el furor de su rabia. No se contentan con verle clavado en la cruz, derramando hasta las últimas gotas de sangre, sufriendo dolores indecibles; apenas le oyen que tiene sed, cuando añadiendo el insulto al tormento, y el escarnio á la ferocidad, corren presurosos para hacerle gustar hiel y vinagre; y este divino Salvador escoge aquel momento de tanta malicia para compadecerse de su ceguedad, levanta el corazon á su padre, y le pide por ellos.

Estos inauditos extremos de clemencia y de dulzura nacia del infinito amor con que amaba á los hombres. Pero, ¿quién puede esplicar ni concebir la estension, la intensidad ni la eficacia de este amor? No hay lengua criada que pueda describir lo que no tiene término, y solo lo puede esplicar el mismo corazon infinito que los supo sentir. Para adquirir pues alguna idea, oygamos

lo que nos dice él mismo, observemos con atencion lo que pasó entre Jesucristo y sus apóstoles en la última cena, cuando los preparaba ya á la separacion mas dolorosa. ¡Qué lance! ¡qué escena! ¡qué situacion! Jamas la naturaleza ha podido ofrecer á la sensibilidad humana afectos tan vivos ni motivos de tanto interes.

Parece que en aquella triste noche y en aquel momento desconsolado, quiso Jesucristo reunir y reconcentrar cuantos rasgos de bondad, generosidad y ternura habia dejado ver dispersos y divididos en la carrera de la vida mas inocente que vió jamas la tierra; parece que quiso reproducirlos y juntarlos para formar con ellos un espectáculo capaz de entenercer las piedras y ablandar la dureza de los corazones mas inflexibles. Aqui todo adorno fuera ridiculo, toda reflexion inútil; basta referir para interesar y arrancar de los ojos raudales de lágrimas.

Sabiendo Jesus, dice San Juan (1), que se acercaba la hora de volver á su padre, se retiró por la última vez con sus discípulos. Como los habia amado con el amor mas tierno, y como iba á separarse de ellos, y dejarlos en el mundo, quiso mostrarles hasta el fin cuanto los amaba. ¡Señor! ¿quién pudiera imaginar que el héroe de quien habla San Juan es el mismo de quien poco antes dijo que era el Verbo de Dios, que subsistia en Dios, el mismo Dios que lo hizo todo? ¡Y qué! ¿se recela que un Dios, y un Dios

(1) Joann., XIII, 1.

que ama tanto á sus criaturas, haya podido engañarlas? ¿el que les muestra tanto amor cuando va á morir no les da la última y mas segura prueba de que es verdad cuanto les ha dicho?

Trasportémonos con el espíritu á la noche memorable en que Jesus celebró en Jerusalem la última Pascua con sus apóstoles, á esa terrible noche á que se siguió un día mas terrible; pongámonos en aquel deplorable momento en que la ferocidad de un pueblo bárbaro prepara á la mas inocente de las víctimas el mas cruel de los suplicios; observemos los pasos de aquel monstruo de ingratitud y de perfidia, que despues de haber abrigado en su corazon el atroz designio de entregar á su maestro y bienhechor á la rabia de sus enemigos, buscaba ya los medios de ponerlo por obra; juntemos todas las demas funestas circunstancias de aquella noche desastrada, y veamos que es lo que hace Jesus que las sabia.

Jesus consagra los pocos instantes de vida que le quedan á dar á sus discipulos y amigos los mas tiernos testimonios de su amor. Jesus quiere tambien dar el último desahogo á su terneza, y en las amargas angustias de su corazon se permite este postrer consuelo. Para decirlo mejor, Jesus quiere consolar á los suyos, y olvidar los tormentos y oprobrios que le aguardan: el bien de sus amigos le penetra mas que el horror de la cruz y de la muerte.

El evangelista refiere que tomó el pan en sus sagradas manos, y, levantando al cielo unos ojos en que resplandecia todo el ardor y la vivacidad de

un corazon ansioso de perfeccionar sus beneficios, le presentó á sus apóstoles, y les dijo: *Tomad y comed;* lo que os doy es yo mismo, mi cuerpo, mi alma, y mi eterna y divina sustancia. ¡Qué don! ¡qué dignacion! ¡qué beneficio! Solo un entendimiento sublime y divino era capaz de idea tan sublime; solo un amor infinito podia inventar un medio tan ingenioso de comunicacion tan íntima; solo su grandeza podia concebir designio tan magnífico; solo su omnipotencia podia ejecutarle; y solo un bien tan infinito podia llenar toda la capacidad de nuestro corazon.

Si vuestra razon, señor, no penetrada todavía de la luz celestial, quisiera á la vista de un espectáculo como este, solo digno de Dios, y de los que se dejan alumbrar por la infalible antorcha de la fe; si quisiera, digo, excitaros ahora las dudas orgullosas de una filosofia miserable, respondedla que vea quien lo dice; que Jesucristo, el mismo que hizo tantos milagros, el mismo que se resucitó, es quien lo asegura, y que así la mas leve sospecha de lo que afirma en este momento de dolor fuera un sacrilegio; que Jesucristo fue justo, y que va á morir.

Entonces como satisfecho el Señor de haber hecho su testamento; como ya tranquilo por haber asegurado á sus amigos el bien mas precioso que les puede dejar; contento de verlos en posesion de tan rico legado, y sin más inquietud de su felicidad futura, se manifiesta lleno de aquella dulce complacencia que causa á una alma generosa el placer de haber dado á los que ama un bien inestimable. Su corazon rebo-

zando de gozo les habla con una elocuencia tan enérgica como bien sentida. Ahora, les dice, ya pueden mis enemigos descargar sobre mí todos los golpes de su saña; ya mi corazón está dispuesto, ya mi amor no tiene mas que daros, ya todo es vuestro, y en los inagotables tesoros de la magnificencia divina no hay nada mas precioso que lo que dejo en vuestras manos.

¡O! ¡cuánto deseó mi ternera este momento que debe seros tan útil! (1) *Yo he deseado con deseo*, con un deseo cuya eficacia no podía sentir otro que yo, *comer con vosotros esta Pascua*, en la que todos los sacrificios debían encontrar su plenitud, su fin y su consumacion. Reparad, señor, esta espresion de Jesucristo: *He deseado con deseo*; palabra divina, cuyo sentido y energía nuestros idiomas no pueden imitar. Este deseo de deseos es un sentimiento tan activo, tan íntimo, tan profundo, continuo y dominante, que no puede explicarle sino aquel cuyo infinito corazón supo sentirle. Nosotros solo podemos percibir que estaba como oprimido de ternura, que el amor casi absorbía todas sus ideas, y que ya desfallecía de amor antes de morir con los tormentos.

¡Qué discurso aquel con que terminó este último y solemne acto de su mision divina! Permitidme que os diga la sustancia, porque nada se ha escrito en el mundo que esté tan lleno de afecto y de fuerza. En estas cortas palabras está cifrado todo el cristianismo, y son el mejor retrato del caracter y corazón de

(1) *Luc*, xxii, 15.

Jesucristo. Este discurso se debe leer y meditar cuando se quiere admirar la hermosura de nuestra religion, y él solo basta para renovar la impresion que debemos sentir de la felicidad que gozamos en conocerla. Escuchadle, señor, y no perdais una sílaba, porque todo es aquí espíritu y vida.

*Vuestro corazón no se turbe* (1), les dice el amante maestro; *vos creéis en Dios, creed también en mí*. Pesad bien estas palabras, y no olvidéis que les dice en su testamento, y en la víspera de su muerte: *En la casa de mi padre hay muchas mansiones*. Como si les dijera: ¿Quién puede recelar que yo os engañe con vanas esperanzas, si en el momento que voy á morir os digo que voy delante para prepararos asientos en el reino de mi padre? Yo que estoy seguro de poder cumpliros mis promesas, soy quien os lo afirma. ¿Sería posible que habiendo vivido tanto tiempo con vosotros no me hayais conocido? ¿qué no os acabeis de persuadir que mi padre está en mí, y yo en mi padre? Acordaos de mis obras, y juzgad.

No os dejo huérfanos, porque volveré á vivir con vosotros. Dentro de poco el mundo no me verá, pero vosotros me veréis siempre; porque yo vivo eternamente, y vosotros viviréis con la misma vida. El que cree en mí sobrevive á todo, y no puede morir. En el día de vuestra adopcion veréis y entenderéis como yo estoy en mi padre, mi padre en mí, y yo en vosotros. Os ruego, señor, que consideréis estas

(1) *Joan*, xiv, 1.



palabras, y que observeis como esponen con una rapidez y magnificencia incomparable la inmensidad y riqueza del plan sublime de la religion.

¡Ay, señor! ¡qué ciego está el que no puede ver tantas hermosuras! ¡cuánto pierde el que no aspira á tan graciosas esperanzas! Si conociérais el placer inefable que recibe el Cristiano, cuando siente la dulzura de sus destinos inmortales, entonces entenderíais la justa razon con que desprecia todos los bienes de la tierra. ¿Qué corazon religioso y sensible puede leer en San Juan, desde el capítulo trece hasta el diez y siete, sin volverlos á leer muchas veces, sin meditarlos continuamente, y hacer de ellos el estudio no interrumpido de su vida? ¡Qué fuente de luces tan inagotable! ¡qué manantial tan fecundo de consuelos! No solo ve en ellos el principio de sus dichas, sino que admira y se asombra del inmenso y magnífico sistema del cristianismo.

Fundar un imperio eterno para que los hombres fueran eternamente felices y gloriosos era ya mucho; pero concebir y ejecutar la idea de que una persona divina se uniese con la naturaleza humana, á fin de que todo se correspondiese en esta nueva y admirable economia, y que pudiese haber un hombre digno de ser el soberano único y eterno de todo el género humano, el gefe supremo y absoluto del imperio que debe resultar de las ruinas de todos los imperios del universo, es una idea, una concepcion, un plan que no pudo salir mas que de la mente divina, y por lo mismo que no pudo nacer de las ideas de los hombres,

trae

trae consigo un indeleble caracter de verdad; plan celestial, que, al tiempo que nos muestra la alteza de su sabiduria, los manifiesta su amor, y la felicidad que nos espera.

Pero escuchemos todavía á Jesucristo, que sigue diciendo á sus apóstoles: « Si es verdad pues que me amais, dejad toda tristeza y desconfianza. Alegraos con la alegría que yo tengo de volar otra vez al seno de mi padre. Vosotros sois mis amigos y mis hermanos, porque os amo con el mismo amor con que me amó mi padre antes de que existiera el mundo, y yo os digo esto para que mi alegría pase á vuestros corazones, y crezca en ellos hasta que reciba su plenitud en la misma gloria en que voy á entrar.....

» Es verdad que los que no conocen ni á mi padre ni á mí os perseguirán, y os le prevengo de antemano, para que cuando os lleguen estos males, os acordéis de que os los habia predicho, y que esteis advertidos de que nada puede aconteceros contra mis órdenes, y que yo no sepa. Vosotros lloraréis en medio de la alegría frívola, pasajera y pérfida de un mundo insensato y pervertido; pero á la alegría del mundo sucederán lágrimas y sollozos eternos, en vez de que vuestra tristeza, que durará poco, se mudará en tal alegría y felicidad, que ninguno jamás os podrá privar de ella.....

» Cuando una madre empieza á sentir los dolores del parto se contrista, porque la hora se acerca; pero cuando el hijo sale á luz, su alegría la hace

» olvidar lo que ha sufrido, porque ya no tiene que  
 » temer, pues el objeto de su amor ha nacido con  
 » felicidad. Esta es la imagen de vuestro estado :  
 » vuestro corazón, que ahora está oprimido por su  
 » dolor, se dilatará para siempre con el mío en las  
 » delicias de la gloria. Entonces ya no tendréis que  
 » pedirme, ni yo tendré que pedir por vosotros á mi  
 » padre; porque mi padre os amará por vuestra  
 » propia excelencia, á causa de que me habeis amado,  
 » y que habeis creído que yo he salido de Dios. Si,  
 » yo he salido de Dios, y he venido al mundo. Ahora  
 » voy á dejar el mundo, y me vuelvo á Dios. Os digo  
 » todo esto para que quedeis en paz, y esteis seguros  
 » de la verdad de mis palabras. El mundo os hará  
 » sufrir mucho; pero no os inquietéis, porque yo le  
 » he vencido ».....

El evangelista dice que despues que Jesus habló de esta manera, levantando los ojos al cielo, añadió:  
*¡O Padre mio! he aquí la hora; glorificad á vuestro Hijo para que vuestro Hijo os glorifique.*  
 Esto es, para que por él vuestro nombre sea conocido y adorado en todo el universo. Despues continuó diciendo: « Vos me habeis hecho gefe de toda la naturaleza humana, me habeis dado el poder de gobernar todas las naciones de la tierra, para que pudiese comunicar la inmortalidad á todos los que me habeis dado... ¡O padre! yo os imploro por los que habeis confiado á mi ternura, y á quienes hice conocer vuestra eterna verdad. Padre mio, vuestros son, pues que me pertenecen; porque mi posesion

» es vuestra, como vuestra posesion es mia. Ahora  
 » yo dejo el mundo, y ellos se quedan: Padre mio,  
 » Dios santo, conservad los que me habeis dado y  
 » que amo tanto, para que sean un cuerpo conmigo,  
 » así como de toda eternidad vos y yo somos el  
 » mismo espíritu y la misma inteligencia.....  
 » Padre mio, yo no pido que los saqueis del mundo,  
 » sino que los preserveis de la malignidad del mundo.  
 » Mientras he estado con ellos los he conducido,  
 » consolado y guardado en vuestro nombre; ninguno  
 » de ellos ha perecido sino un traidor, hijo de per-  
 » dicion y de malicia; pero ahora van á dejar de  
 » verme y oirme. Padre, confirmadlos en la verdad,  
 » yo os dirijo delante de ellos mismos estos últimos  
 » ruegos de mi amor, para que la alegría que les  
 » causaba mi presencia no se disminuya porque yo  
 » me vuelvo á vos, sino que se aumente todos los  
 » dias, hasta que llegue el momento de que sus ojos  
 » vean al que tanto los ha querido.....  
 » No os pido solamente por ellos, padre mio, sino  
 » tambien por todos los que anunciarán mi palabra,  
 » y por todos los que creerán en mi por virtud de su  
 » predicacion; *para que los justos de todos los tiempos*  
 » *no compongan mas que el mismo todo, y que, como*  
 » *vos, padre mio, habitais en mí, y yo en vos, ellos*  
 » *sean tambien una misma cosa con nosotros, y*  
 » *eternamente adoptados é incorporados en la uni-*  
 » *dad de nuestro grande esplendor ».*

Ve aquí en estas palabras solas el fin y el objeto de todos los trabajos de Jesucristo; ve aquí porque